

se lo carga sobre la cabeza; se echa la escopeta al hombro derecho, y con un peso de 60 á 80 kilogramos, emprende la marcha entre rocas y precipicios por angostos senderos, donde corre constante peligro de despeñarse en el fondo del abismo y ser allí pasto de las águilas y buitres. Debe ir siempre muy alerta como un criminal, alejarse de la vía pública, pues podría alcanzarle la bala de un guarda-bosque ó de un cazador competentemente autorizado; y con no poca frecuencia sucede que en vez de llevar una buena presa á su cabaña, no trae á ella otra cosa mas que fatiga, sed y hambre, ó le conducen á él muerto á la desconsolada familia.

No es menos activa, por no decir odiosa, la caza que contra el ibex emprenden los labriegos tanto de Suiza como de Italia: estos procuran coger vivo al rumiante, no consiguiéndolo nunca con los individuos viejos y si tan solo con los recién nacidos; para apoderarse de ellos es preciso matar antes á la madre y lo hacen sin tener á esta consideración alguna. La mayor parte de los pequeños ibex que aparecen en el mercado, excepcion hecha de los pocos que regala Victor Manuel para los jardines zoológicos, han sido robados de los cotos de este monarca. Así se comprende que aun hoy día se pueda obtener uno de aquellos individuos á un precio relativamente módico, por la suma de 500 francos, por ejemplo, que es lo que á mí me costó uno de ellos, y es asimismo en parte disculpable el que los guarda-bosques disparan sin compasión ni miramiento alguno contra los miserables que de tal modo destruyen la caza.

El rey de Italia, Víctor Manuel, el cual ha invertido cuantiosas sumas en proteger y fomentar la cria de estos animales en sus vastos cotos, es actualmente el único que emprende contra ellos formales cacerías, y á mi amigo y protector Wilczek, que ha tenido el honor de ser invitado á ellas por aquel, debo el poder presentar aquí una descripción de las mismas. Cada año durante los meses de julio y agosto, que es cuando comienza el derretimiento de la nieve en los ventisqueros, el rey pasa varias semanas en lo alto de las montañas, habitando en chozas ó en tiendas que apenas le resguardan de la intemperie, á una altura de tres y cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Sale de esta vivienda montado en su caballo, y recorriendo un difícil y estrecho sendero abierto ex profeso para él, se aleja á veces á cinco y seis horas de distancia hasta llegar á su punto de parada; registran luego los monteros, armados de un antejo, todos los barrancos y quebraduras de las peñas, y en el caso de descubrir á los animales codiciados, pónense al instante en movimiento de uno á doscientos batidores para acorralar la caza espantada hácia unos sitios donde se levantan varias torres aspilleras y groseramente construidas. En estas debe permanecer oculto el cazador, cubierto de piés á cabeza con un traje gris, y no debe efectuar el menor movimiento á fin de no ser notada su presencia por los perspicaces rumiantes; pues de no ser así, es descubierto por ellos y de nada le sirve continuar en su puesto. La caza no se dirige á los glaciares sino en caso de verse en estrecho apuro ó de haber recibido una herida; así que estos sirven de barrera, la cual está tan poco vigilada por los ojeadores como los peñascos inaccesibles para aquella: camina con extraordinaria precaución, observa detenidamente cuanto se presenta á su vista, examina con la mayor atención toda la comarca; detiénese á veces largo tiempo inmóvil en un mismo sitio, cuando no se ve acosada; vuelve á mirar de nuevo los contornos; olfatea cuidadosamente en la dirección del viento, y no avanza sino con mucha cautela y recelo. Los monteros siguen tras ella, deslizándose á lo largo de las pendientes de las rocas y por entre los parajes arriba citados. Vientos contrarios no constituyen un verdadero obstáculo para la caza del ibex, ó no deben ser,

por lo menos, aquellos tan favorables como para la de la gamuza; puede continuarse cazando varios días consecutivos en una misma región, con la seguridad de encontrar de nuevo en ella á los fuertes machos que lograron escapar el primer día. El actual estado de la caza en los recintos acotados del rey de Italia permite matar anualmente unos 50 individuos, hecha abstracción de las hembras, las cuales, como naturalmente podrá comprenderse, son inviolables. Cázase al ibex al ojeo y al acecho; en este último caso se le espera en los lugares que con mas frecuencia visita, ó en las inmediaciones de los sitios donde hay rocas cubiertas de sal: en todas estas cacerías el rey da muestras de una constancia admirable y rivaliza con todos los personajes de su séquito en punto á soportar toda clase de privaciones y fatigas.

**CAUTIVIDAD.**—Los pequeños generalmente se conservan bien, si se les procura una cabra que los amamante; se domestican muy pronto, si bien pierden esta cualidad y se hacen mas huraños cuando llegan á la edad adulta. Son de índole parecida á la de nuestra cabra, pero se muestran menos dóciles y mas aficionados á la independencia; ensáyense en trepar ya desde las primeras semanas de su vida, y dan tan atrevidos saltos, que tienen en constante alarma á sus madres adoptivas. Son curiosos y provocativos como cabritillos, como ellos alegres, divertidos y retozones; viven en buena inteligencia con las cabras domésticas que los amamantan, y les manifiestan su adhesión, prestándoles una obediencia absoluta y renunciando á satisfacer en obsequio de las mismas sus vivos deseos de trepar y encaramarse. Familiarizanse tambien al poco tiempo con su guardian, á quien distinguen fácilmente entre las otras gentes, y dan manifestaciones muestras de alegría cuando vuelven á verle despues de una larga ausencia; se manifiestan en extremo sensibles á las caricias, si bien no saben corresponder del mejor modo á ellas, pues toman pronto y por cualquier motivo una actitud agresiva contra su guardian y tratan de acometerle con sus pequeños cuernos. Cuando se les rasca la frente, permanecen quietos y tranquilos; pero á veces recompensan muy mal tales caricias, con empujones, que aunque dados en broma, no dejan por esto de causar á veces algun daño. A medida que van entrando en años, se hacen mas atrevidos é independientes; no se puede depositar tampoco mucha confianza en los machos ya casi adultos y mucho menos en los completamente desarrollados, pues cuando se irritan, derriban fácilmente á un hombre por fuerte que sea, y pueden inferirle mortales heridas.

Los machos cogidos cuando viejos son tambien susceptibles de domesticarse hasta cierto punto: el rey Victor Manuel comunicó al conde de Wilczek que al modo que los que viven en la montaña y en estado libre, no pueden ser llevados en hombros de un hombre robusto, por mas que se guarde para ello el mayor cuidado, pues mueren por lo comun á las pocas horas y las mas veces en las mismas espaldas del hombre que los lleva; al contrario, colocándolos derechos y atados sobre unas angarillas es fácil llevarlos casi siempre en buen estado al punto de su destino; un macho conducido de este modo al coto del rey de Italia, ya media hora despues de su llegada comió el pan que le ofrecía la mano de su ilustre dueño.

En Schönbrunn se crían actualmente unos machos juntamente con los mestizos obtenidos de su cruzamiento con cabras domésticas, y se intenta poblar nuevamente los Alpes con estos animales; sin embargo, la empresa parece ser algo mas difícil de lo que á simple vista pudiera creerse, como lo prueban las tentativas que, segun Schinz, se practicaron á este objeto en Berna en el año 20 del presente siglo. Destinóse en esta ciudad para morada de los machos y de sus

mestizos una parte de las murallas que la ciñen; se les alimentó convenientemente y procrearon de un modo satisfactorio; pero pronto se olvidaron de los beneficios que habian recibido y no manifestaban, al fin, ni amor ni miedo al hombre. Uno de los mestizos se complacia en acometer á los centinelas y se mostraba tan pertinaz en ello, que pronto se hizo odioso: en cierta ocasion interrumpió las tareas de un astrónomo, que estaba trabajando en su observatorio y le destruyó la manga de la levita; mas tarde tenia especial complacencia en mezclarse entre los paseantes y hacer huir de este modo á la gente, y hasta un día se le ocurrió subir á los tejados de las casas y destruir las tejas. Como es natural, se levantó un verdadero clamoreo contra el impertinente y atrevido animal, de modo que la autoridad se vió precisada á expulsarle del recinto de la ciudad, y se le envió con sus cabras á los montes de Unterseen. No tardaron estas en sentirse contentas y satisfechas de vivir en aquellas alturas; en cambio el macho las abandonó muy pronto para trasladarse á la zona de la montaña que estaba habitada, á bastante distancia de los ventisqueros.

Visitó desde luego las chozas de los Alpes; trabó con las cabras que aquí habia, mas íntimas relaciones de lo que deseaban los pastores; llegó á ser un huésped verdaderamente importuno, siendo lo peor del caso que no era posible alejarle de aquellos contornos, pues usaba sin miramiento alguno de sus cuernos para acometer á los que intentaban rechazarle. Derribó en cierta ocasion á un vaquero que trataba de oponerle resistencia, y le maltrató de tal modo, que sin duda le hubiera muerto, á no acudir al instante una pastora, la cual cogió fuertemente por la barba al osado animal, y como es esta la parte mas delicada de su cuerpo, le obligó á rendirse. Tales violencias y desórdenes de otra clase que no citamos, exigían un severo correctivo, por lo que se le proscribió de nuevo: cuatro campesinos vigorosos se encargaron de llevarle á la cima de las montañas del valle de Saxeten; atáronle con una gruesa cuerda; pero aun de este modo dió una muestra de su natural indómito, derribando repetidas veces al suelo á los que le llevaban. Desde entonces un intrépido cazador de gamuzas se encargó de dirigir la cria proyectada; sin embargo, sufrió mucho en su tarea, pues el turbulento animal parecia no querer modificar en nada su carácter y no daba muestras del menor agradecimiento. Un día retó formalmente á su guardian, y este no pudo menos de aceptar el desafío, pues estaba al borde de un precipicio, y el furioso macho se mostraba decidido á arrojarle al fondo del abismo: por espacio de una hora duró la lucha, y al fin consiguió el hombre libertarse de su enemigo. Además de estos consumió el animal otros atropellos y desafueros; como antes era aquí el terror de los vaqueros; bajaba muy á menudo de lo alto de la montaña para visitar los rebaños de cabras, salía al encuentro de los pastores, abalanzábase sobre ellos y los maltrataba. En vano el cazador de gamuzas le enviaba de nuevo á las alturas que le estaban destinadas: no bien habia descendido otra vez al fondo del valle, ya comparecia nuevamente el terco animal; introduciase en los establos donde habia huspeado las cabras, abriéndose paso con sus poderosos cuernos; se precipitaba sobre estas y perseguía luego á las pastoras, siguiéndolas á veces hasta el interior de la cocina y de la bodega. Cuando se esperaba que despues de trascurrida la época del celo, permanecería al lado de sus primeras compañeras, las cabras que pastaban tranquilamente en las elevadas cumbres de los Alpes, y que no volvería ya en lo sucesivo á molestar á los rebaños y sus pastores, apareció de improviso en Wilderswyl corriendo desahogado detrás de un rebaño de cabras, las cuales huían á todo escape en dirección á la aldea. Gracias á su vigor y desenfadada lujuria, habia engendrado

en poco tiempo con las cabras domésticas de los Alpes una numerosísima prole, la cual habia heredado muchas de las cualidades de su padre: los pequeñuelos eran, como él, aficionados á trepar á las alturas; subían á las mas encumbradas cimas, incitando á las pacíficas cabras domésticas á que les imitaran, y acabaron, finalmente, por transformar del todo el carácter dócil y apacible de estas. Quejáronse de nuevo los habitantes de aquella comarca, y otra vez fué desterrado el temido animal. Esta vez fué llevado á los montes de Grimsel; pero tampoco cambió aquí en lo mas mínimo su conducta: reñía con todos los perros, aunque fuesen de talla mayor que la suya, y cuando le oponían demasiada resistencia, los tiraba de un súbito y atrevido arranque por encima de su cabeza; colocábase en los senderos, como queriendo desafiar á los montañeses que subían por ellos, y causaba espanto y terror en todos los sitios donde se presentaba. Al fin la autoridad se vió obligada á tomar contra él medidas rigurosas y enérgicas, y se le condenó á muerte. Una hembra mestiza que le habia mostrado grande afición desde el principio, se conservó siempre bastante dócil y apacible, mientras, por el contrario, los mestizos que habian resultado de su union con cabras domésticas, se distinguieron por su malignidad, siempre en aumento. Cuando pequeños, divertían mucho á los vaqueros con sus caprichosos brinco; pero una vez llegados á la edad adulta, se volvían pesados é importunos, de manera que fué preciso matarlos á todos. De este modo terminó la cria de los ibex de Berna, sin que sus iniciadores hubieran podido conseguir el fin que se habian propuesto.

Zeller, cazador habitante en las cercanías de Salzburgo, me dice lo siguiente tocante á la cria de estos rumiantes en Hellbronn: «El difunto archiduque Luis se hizo traer de Saboya, á costa de grandes gastos, unos cuantos ibex machos para encerrarlos en el coto ya citado. Al principio no quisieron acostumbrarse á su nueva morada y pronto perecieron ó bien cegaron; propinóseles mas tarde un alimento mas apropiado, dándoles al mismo tiempo un trato mas conforme á su temperamento, y desde entonces comenzaron á encontrarse mejor. Uno de ellos era tan maligno, que ningun forastero podia penetrar con entera seguridad en aquella parte del parque, que servia en cierto modo de liza á los animales, sin ir acompañado del guardian; fracturóse luego una pierna, pero á pesar de este percance, vivió aun mucho tiempo, teniendo una descendencia tan retozona como sana y robusta, resultado de su apareamiento con hembras de su misma casta ó con unas cabras conocidas con el nombre de gamuzas. Una pareja de estos machos fué trasportada por orden del emperador de Austria al parque de Ebensee, y se dispuso que otras dos fueran dejadas en libertad en el coto de Hintersee. Condujéronse muy bien en uno y otro sitio, trabando tan íntimas relaciones de amistad con las cabras, que se unieron con ellas en otoño y con ellas entraron en el establo. Despues de averiguado el hecho, entregáronse á los labriegos los citados animales, de los que se encuentran aun hoy descendientes en las comarcas de Ebensee y de Abtenau. Uno de los machos que fueron dejados en el parque imperial de Ebensee, cometió violencias y atropellos parecidos á los del de Berna, de que ya se ha hablado; los otros se dejaban ver tan solo de vez en cuando para visitar á las cabras domésticas, hasta que, por último, desaparecieron todos, víctimas sin duda de la bala de un cazador.»

Con gusto he sabido por el conde Wilczek, quien tuvo la bondad de corregir esta descripción del ibex alpino antes de que fuera dada á la estampa, que los ensayos practicados para volver á poblar con esos nobles animales algunas montañas de la propiedad de Salzkammer, no han sido del todo infructuosos. Pocas semanas hace (agosto de 1875) el archi-

duque imperial Rodolfo tiró cerca de Sambathseen, no lejos de Ebensee, á un fuerte gamo, el cual trató de refugiarse en un barranco, llamado Kahr ó Karr, ceñido de altos peñascos hasta la desembocadura del valle. Para proporcionar una satisfacción al príncipe heredero, resuélvese uno de los mas atrevidos montañeses de aquellos contornos á perseguir el animal herido hasta el fondo de un precipicio, donde nunca habia sentado su planta hombre alguno; pasa por sitios donde no habia practicado ni aun el mas estrecho sendero; llega á la horrorosa sima, y aparecen de repente á su vista dos espantosos *diablos* en forma de gigantes ibex, seguidos de una cabra vieja, un pequeñuelo y otros dos de mediana edad. Indudablemente algunos de los ibex allí importados en 1867 se habian establecido en el sitio mas desierto, y no solo habian logrado conservarse, sino que tambien habian procreado. Conocido este hecho, el cual fué revelado por el mismo príncipe Rodolfo al que me lo comunicó á mí, no puede dudarse del feliz éxito de las tentativas hasta ahora hechas á costa de tantos desembolsos: la única condicion indispensable para que prospere la cria de estos animales es recabar unos cuantos ibex de los que pueblan los cotos del rey de Italia, á fin de conservar la pureza de la sangre, pudiéndose abrigar fundadas esperanzas de volver en breve á contar estos rumiantes entre los que habitan las regiones orientales de los Alpes.

#### LA CABRA MONTÉS DE ESPAÑA — IBEX HISPANICUS

En los primeros días de noviembre de 1856, acompañado de mi hermano, del doctor Apetz y de un cazador del país, traté de apoderarme de alguna cabra de Sierra Nevada, mas no pude conseguirlo.

Los meses mas favorables para esta cacería son los de julio y agosto, durante los cuales se puede pasar la noche en las altas regiones; y aunque nosotros no llegamos al país hasta noviembre, no quisimos marcharnos sin hacer una tentativa. En semejante estacion no era poco difícil subir á mas de 3,000 metros sobre el nivel del mar, y bien podíamos prever que no se conseguiría nada. Llegamos, no obstante, hasta el Picacho de Veleta y recorrimos el verdadero terreno de caza: la nieve y el frio nos obligaron á bajar mas pronto de lo que deseábamos, y forzoso fué contentarse con ver las pistas recientes, pero no las cabras.

Con mas satisfactorios resultados cazó mas tarde mi hermano la cabra montés en las regiones centrales del país, auxiliado de los vecinos de una aldea situada en las faldas de la sierra de Gredos, los cuales accedieron gustosos á acompañarle en justa correspondencia de los servicios, que, como médico, les habia prestado. Provisto de todo lo necesario y adornado, sobre todo, de esa sagacidad propia de un escrutador filósofo de la naturaleza, no solo consiguió matar muchos de estos animales, sino que tambien pudo adquirir copiosas noticias relativas al régimen y costumbres de los mismos, viniendo á constituir ellas, al par que un acabado cuadro de su manera de vivir, un precioso apéndice de la historia de nuestro rumiante. Vamos, pues, á reproducir en los siguientes párrafos las observaciones recogidas por mi hermano y con ellas la primera y mas detallada descripción tocante á la *facies* y régimen de esta cabra.

**CARACTERES.**—La cabra montés (*capra pyrenaica*, *ibex* y *agocerus pyrenaicus* é *hispanicus*) tiene el mismo tamaño que el ibex de los Alpes, si bien difiere totalmente del mismo por lo que mira á la forma de los cuernos: el macho adulto mide de 1<sup>m</sup>,45 á 1<sup>m</sup>,60 de largo, incluyendo los 0<sup>m</sup>,12 que tiene la cola sin el hopo; su altura hasta la cruz

es de 0<sup>m</sup>,75 y de 0<sup>m</sup>,78 hasta el sacro; la cabra mide tan solo las tres cuartas partes de la longitud del macho y diez centímetros menos de alto. Los cuernos están colocados tan cerca el uno del otro en la base, que les separa hácia delante tan solo un espacio de cuatro centímetros y de uno hácia detrás; suben rectos al principio, encorvándose tan solo un poco hácia afuera; contornéanse luego bruscamente en esta misma direccion desde el primer tercio de su longitud; vuelven luego á encorvarse hácia atrás, separándose el uno del otro en forma de lira; llegan al máximum de su separacion al empezar el último tercio de su longitud, y con las puntas vueltas la una contra la otra se dirigen luego hácia arriba. Su corte es generalmente piriforme; mirados oblicuamente por delante son redondeados y comprimidos en la cara opuesta, formando un borde muy agudo; además del borde posterior, que procede de un arco suavemente cortado por delante y por detrás, preséntase aun otro, que se levanta delante y encima de la frente, corre con el primero hácia la punta, disminuyendo uniformemente la distancia que le separa, á lo largo del cuerno, y se contornea luego con este, de modo que en el primer tercio de su longitud se encorva hácia delante, y en el último hácia fuera, mientras el borde posterior, mas fuerte y pronunciado, se inclina siempre mas y mas hácia delante y arriba. Los bordes van desapareciendo poco á poco hácia la punta, de suerte que los cuernos parecen redondos, si bien puede reconocerse aun claramente su tendencia á formar un triángulo redondeado en la base. Los anillos de crecimiento son trasversales y se distinguen de los del ibex alpino por no estar tan marcadamente escalonados. Los cuernos del macho aumentan mucho en longitud y espesor con el trascurso de los años, al paso que los de la hembra apenas sufren alteracion alguna despues de alcanzada cierta edad; estos son mucho mas endebles que los de aquel y de una resistencia casi igual á los de nuestra cabra doméstica; miden unos 0<sup>m</sup>,15 de largo; encórvanse sencillamente hácia atrás, presentándose cubiertos en las dos terceras partes de su longitud de muchos pliegues anulares muy próximos los unos á los otros. Mi hermano me escribe lo siguiente: «Obra en mi poder la cornamenta de un viejo macho cuyas astas tienen 0<sup>m</sup>,75 de largo por 0<sup>m</sup>,22 de circunferencia en la base, y no presenta á pesar de esto mas que once anillos de crecimiento; creo que medidos estos cuernos segun su curvatura podrían llegar á un metro de longitud.»

El color y demás cualidades del pelaje, muy abundante en invierno y escaso en verano, cambian no solo segun la estacion, la edad y el sexo, sino tambien, como acontece en todos los animales que moran en las peñas, segun la localidad. La muda tiene lugar durante el mes de mayo, y despues que ha caído el bozo en grandes flecos y espesos copos, continúan creciendo como de ordinario las sedas, de color uniforme desde la raíz hasta la punta, y alcanzan una largura de 0<sup>m</sup>,02 á fines de agosto; se ha de notar, sin embargo, que conservan casi siempre la misma longitud una raya de pelos, que á manera de melena arranca de detrás de los cuernos y continúa hasta las primeras vértebras lumbares, la barba y el hopo; la largura de los pelos de la raya citada es de 0<sup>m</sup>,08 á 0<sup>m</sup>,09, los de la barba de 0<sup>m</sup>,09 y los del hopo de 0<sup>m</sup>,12. El color dominante del pelaje es un pardo claro y hermoso, mas oscuro en el dorso de la nariz, en la frente y en el occipucio, en cuyas partes está á menudo salpicado de negro; son de este último color una mancha triangular que tiene el vértice vuelto hácia el lomo, la cara anterior de las piernas y una raya en los costados, que separa la parte superior de la inferior; los carrillos, el labio superior, los lados del cuello y la cara interior de los muslos son de un gris claro, y las de-

mas partes inferiores blancas. Muy entrado ya el otoño, empieza á crecer el bozo espeso, blando y de un gris blanquecino, al propio tiempo que se decoloran las sedas, las cuales alcanzan en invierno de tres á cuatro centímetros de largo; son muy espesas, de un pardo claro en la raíz y oscuro en las dos restantes partes de su longitud. En el pelaje de invierno dominan el color negro pardusco y el gris; preséntase el pri-

mero de estos en la frente, en el dorso de la nariz y en la parte anterior del cuello, y el segundo entre los ojos y las orejas, en las articulaciones de las mandíbulas, en los lados del cuello hasta los omoplatos y en los costados hasta la mitad del cuarto trasero: obsérvese, sin embargo, que en todas las partes dichas se mezcla el negro ó el negro pardusco, á causa de tener muchos pelos negras sus puntas. La



Fig. 250. — LA CABRA MONTÉS DE ESPAÑA

separacion de los colores tiene lugar de la manera siguiente: el lomo de la nariz hasta el labio superior, la frente, la mandíbula inferior, la barba, toda la region anterior del cuello, el pecho, los lados del vientre, el occipucio, la parte posterior del cuello y el lomo son negros; son de este mismo color, pero mas subido, la cara anterior de las piernas hasta los cascos, una raya de tres á cuatro centímetros de ancho, la cual partiendo del occipucio, y comprendiendo la melena, de color uniforme así en verano como en invierno, se prolonga en línea recta á lo largo del espinazo hasta llegar al extremo de la cola, y una segunda raya trasversal que se separa de la primera sobre los omoplatos, y formando una cruz con esta, se prolonga hasta las piernas delanteras; el labio superior, los carrillos, desde el párpado superior hasta el ángulo de la

mandíbula, y los costados, á partir de los omoplatos, son de un gris claro; una raya que abraza las partes inferior y posterior de los costados, juntamente con los muslos posteriores, son negro parduscos con algunos pelos salpicados de gris, y tienen, por último, una coloracion enteramente blanca una raya de 0<sup>m</sup>,03 de ancho que partiendo del pecho se ensancha en el vientre y acaba por cubrir este último y la cara interior de las ancas, como tambien su continuacion hácia arriba, donde ribetea la cola negra por sus dos lados y salpica el largo hopo de la misma.

El color del pelaje de la hembra sufre pocas variaciones; en verano es mas claro que en invierno y domina siempre el pardo claro ó de corzo; las caras anteriores de las piernas desde el carpo y el tarso hasta los cascos, juntamente con